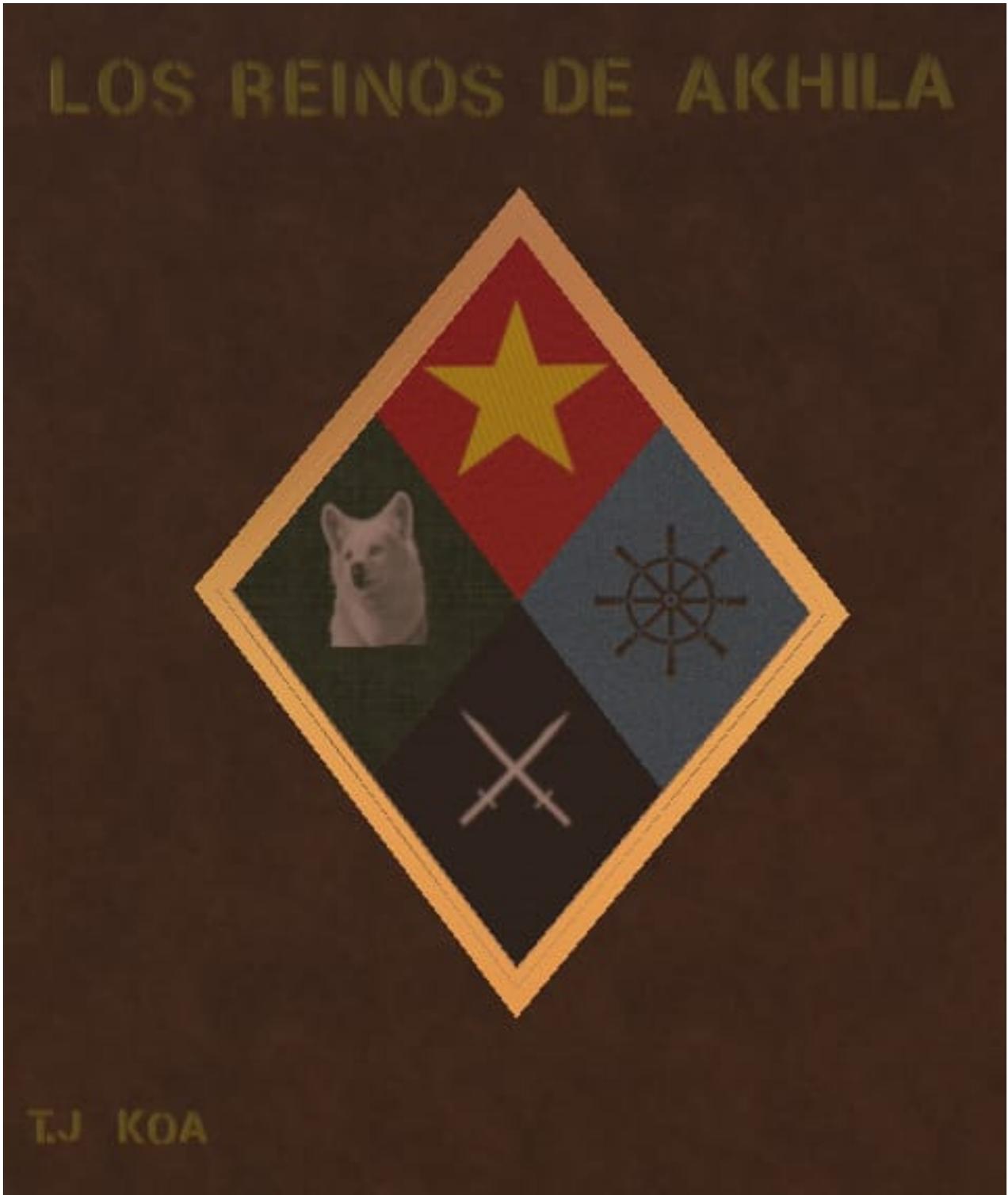


LOS REINOS DE AKHILA

T.J Koa



Capítulo 1

0.- Introducción

“Los Gurús habitaban el centro de Akhila desde el principio de los tiempos. Nadie sabe de donde salieron ni cómo vivían, de ellos sólo sabemos de su gran poder mágico, pues todo el poder mágico que pueda tener un mayakarense proviene de ellos.

Tras milenios habitando Akhila, un extraño final acechaba a la más antigua de las civilizaciones. Hablando con sus ancestros a través de las estrellas, descubrieron que su tiempo había llegado a su fin y que la inevitable caída de la más poderosa de las razas que habitaban en aquel entonces Akhila, estaba por llegar. Tras largas deliberaciones, los Gurús decidieron fabricar cinco piedras mágicas, en las cuales poder encerrar sus poderes para que éstos no desaparecieran con ellos y poder preservar así su esencia y su memoria; El poder del clima, el de la tierra, el del agua, el del fuego y el de la vida y la muerte.

Una vez fabricadas la piedras mágicas, decidieron entregárselas al primer mayakarense, fruto de la pasión entre una humana y un Gurú, Prahtama. Éste tenía la misión de reemplazar a los Gurús y preservar su poder para la eternidad. Siendo éste el comienzo de todos los mayakarenses y de su poderoso escuadrón Gurú.”

-¿Y por qué desaparecieron los gurús si eran tan poderosos?- Uno de los más de treinta niños que había acudido a aquella lectura interrumpió a la princesa Avika con su pregunta.

-Bueno, nadie los sabe. Algo horrible tuvo que pasarles. Pero antes de irse nos dejaron cinco grandes regalos y debemos estarles agradecidos.- Contestó la bella princesa con tacto y paciencia. Tras la interrupción de aquel curioso niño, Avika vio entrar en aquella sala del templo de Prahtama, a un guardia urbano. Éste esperó al lado de la puerta sin interrumpir, aunque Avika supuso que llevaba un mensaje para ella.

-Bien niños, la lectura ha terminado por hoy. Espero volver a veros en la próxima. Y recordad, todos somos hijos de Prahtama y le debemos nuestra sumisión.- Entonces todos los niños abandonaron la sala dejando al guardia y la princesa a solas.

-Princesa, es mi deber anunciarle que el resto del escuadrón partió hacia el monte de las cinco piedras hace ya cuatro horas.- Anunció aquel joven guarda con un tono militar sin romper su porte estirado.

-Lo sé, lo sé. Había quedado con estos niños para leerles sobre Prahtama ¿Qué podía hacer? Tampoco van a morir por esperar un poco.- Entonces

le puso la mano sobre el hombro para tranquilizarle y abandonó la sala.

Con un ritmo pausado, pues a la princesa no le gustaba andarse con prisas, fue a buscar a su caballo de los establos de la ciudad de Jastinápura y emprendió su viaje hacía el monte, cuya cima se encontraba a unos tres días de distancia del centro de la capital. Justó al abandonar el barrio agrícola, el cual indicaba el final de la ciudad, Avika sintió una presencia familiar que le erizó todo su bello corporal. Se giró lentamente, era de las pocas veces en su vida que había sentido un miedo cómo aquel. Pero al girarse sólo detectó la caravana de un mercader que volvía a casa tras un largo viaje por tierras lejanas. Poco a poco la presencia se fue dilatando y Avika reemprendió su camino. Mientras cabalgaba rumbo a su destino no podía evitar preguntarse: ¿Realmente habré notado lo que he notado? ¿Seguirá él con vida?

Capítulo 2

1.- El Escuadrón Gurú

El sol se erguía en lo mas alto del despejado cielo de verano que cubría el monte de las cinco piedras. Los calurosos días de verano eran escasos pero intensos en el norte de Mayakara. Aquel sagrado monte se hallaba en un sitio alejado, apartado de la habitualmente ajetreada vida de la capital de los mayakarenses y que allá en su cima guardaba el mítico cuartel general del escuadrón Gurú.

Subiendo por las sendas de tierra del propio monte, se vislumbraba una silueta solitaria a lomos de un hermoso caballo blanco, exhibiendo un porte que deleitaba a todos por su nobleza, acompañado de una larga y blanca túnica de seda. Se trataba de la princesa Avika, que llegaba a la asamblea con su compañero ecuestre, ascendiendo por aquel camino estrecho de tierra sin empedrar.

Tras un largo y pesado viaje por aquella dura senda, avistó al fin la cima, y en ella, unos cuatro caballos más, amarrados en los postes que se habían dispuesto para que los miembros del escuadrón guardaran sus transportes. Sin duda, era la última en llegar. Avika tenía por costumbre llegar la última a estos actos, no por falta de respeto hacia el resto de miembros, sino porque dado sus muchas habilidades, sin duda la puntualidad no era una de ellas, nadie nunca se lo echaba en cara. Siempre había sido una mujer hermosa y no le costaba levantar pasiones por allí donde pasaba su estela de pura elegancia.

La princesa se miró a un mozo que esperaba junto a la puerta, éste se la miraba con asombro, pues la princesa tenía el aspecto de una adolescente a pesar de sus más de cien años y sus ojos azules casi grises junto con su larga melena plateada le daban una apariencia deslumbrante. La princesa desmontó su precioso caballo blanco y con un solo gesto con su mano derecha, hizo que el zagal mozo de cuadra cogiera las riendas del caballo y se encargara de atarlo. Ya con el caballo atado, Avika se adentró en esa gran estancia en la que se encontraba reunido el resto del escuadrón.

La estancia estaba compuesta de una estructura simple de piedra y madera, en el centro de la gran sala había un brasero apagado. Jastinápora se situaba al norte del reino de Mayakara, por lo que la mayoría de meses eran bastante fríos y las grandes casas usaban braseros para calentarse. Alrededor de ese brasero se encontraban sus compañeros del escuadrón gurú: Indra, Chandra, Kali y Durg. Y en frente de la princesa, con una mirada algo lasciva la observaba el gobernador de todo Mayakara, Pasyati.

-Princesa Avika, sé que a diferencia de ti solo somos simples mortales, pero es cruel por tu parte hacernos perder nuestro preciado tiempo de este modo.- Pasyati fue el primero en hablar y se dirigió a la princesa con simpatía mientras acudía a recibirla.

- Lo siento alteza, tenía algunos asuntos que terminar en el centro de la ciudad antes de venir.- Avika se sentó mientras Pasyati le acomodaba la silla. Aunque Pasyati fuera el gobernador, siempre le mostraba respeto absoluto a la princesa, pues ésta fue la elegida en su día para llevar consigo el poder de la vida y la muerte, el más poderoso y difícil de controlar de los cinco poderes mágicos y llevaba en el escuadrón Gurú desde tiempos anteriores a su propio nacimiento. A parte, le gustaba fantasear con la idea de una vida junto a Avika.

- Dejando a un lado las formalidades, me gustaría dejar el punto del día zanjado hoy. Ya hemos perdido demasiado tiempo- Soltó con impaciencia Kali, el más impaciente e irascible del escuadrón. -Me estoy volviendo viejo, lo noto, necesito un sucesor.- Siguió con una voz grave que casi dio la impresión de ser un gruñido.

-Todos necesitamos ya un sucesor Kali, ten paciencia.- Contestó Durg con serenidad y tranquilidad.

-Sí, absolutamente todos- Concedió Chandra. - Yo propongo que el día del relevo se celebre en Jastinápura, por supuesto, en uno de sus maravillosos días de mercado. Así los mercaderes podrán beneficiarse también de tal bullicio.- Chandra siempre se preocupaba por el bien del pueblo y era muy popular entre el mismo. A Pasyati no le entusiasmaba su popularidad, pero su gran poder mágico lo había convertido en uno de los maestros Gurús y por tanto se encontraba bajo el mando directo del gobernador de Mayakara.

-Buena decisión, como siempre Chandra, sin duda eres el más sabio del escuadrón- Dijo la princesa Avika.- Y ¿quién sabe? A lo mejor incluso el más sabio de ésta mesa.- Apuntilló mirándose al gobernador Pasyati, el cual sonrió en un vago intento por ocultar su enfado. No quería llevarle la contraria a tan poderosa mujer, sin embargo fue pbrvio para todos los presentes que aquel comentario le había ofendido.

-Tranquilo majestad, la princesa solo está bromeando con vos.- le susurró Durg tocándole la mano con suavidad mientras le miraba a los ojos con una sonrisa dibujada en su rostro. Pasyati le devolvió la sonrisa, y esta vez de verdad. Durg siempre sabía cómo calmarlo, era sin duda su mayor apoyo en ese escuadrón y, algunas veces, en su vida privada.

Tras terminar de arreglar algunos detalles sobre la ceremonia de elección y ponerse al día con algunos de los más importantes temas que asolaban la nación, el gobernador se levantó de su asiento y ya con más

tranquilidad gracias al apoyo de Durg, se dirigió a los miembros del escuadrón.

-Sea pues, en el próximo día de mercado de Jastinápura, escogeréis vuestros sucesores. Mandaré emisarios a todos los miembros de las familias con más poder mágico del país para que se reúnan con vosotros. La ceremonia se realizará en la plaza central bajo mi presencia y consentimiento y bajo la atenta mirada de Prahtama. Todos los miembros del escuadrón se sentían satisfechos, llevaban años ya protegiendo y sirviendo al gobernador y al pueblo de Mayakara, y sus avanzadas edades empezaban a pasarles factura. Necesitaban un relevo para poder descansar y tener una vida de paz.

Al terminar la reunión, Avika se acercó a Chandra. Chandra, a parte de la princesa, era el miembro de más avanzada edad del escuadrón, también era, en opinión de Avika, el más sabio y prudente de todos, por lo que la princesa le guardaba en gran estima y confianza, una confianza que no era tarea fácil ganarse, pues los largos años vividos de la princesa le habían enseñado a medir bien con quién confiar.

-La siempre joven y deslumbrante princesa Avika- Dijo Chandra con gran aprecio. -¿En qué puedo ayudarte?

La princesa le dio un abrazo fuerte. Llevaban días sin coincidir por distintos motivos y querían ponerse al día.

-Mi viejo amigo Chandra, siempre es un placer estar en la misma asamblea que tu- Entonces, tras el saludo informal la princesa se puso algo más seria y bajó la mirada, pensando en cómo abordar un tema delicado.

-Sí- Dijo Chandra con decisión cómo si ya supiera la pregunta exacta que iba a hacerle su compañera. La princesa levantó su rostro con rapidez y miró fijamente a Chandra. -Es cierto- continuó.-Voy a pedir al consejo de sabios que permitan a los gurús entrar en las elecciones para gobernar Mayakara, o en su defecto, para formar parte del consejo de sabios. Dentro de unos días nos reuniremos para tomar una decisión- La princesa no daba crédito a la calma con la que llevaba ese asunto su buen amigo.

- Sé perfectamente que el pueblo te adora y que serías mucho mejor gobernador que Pasyati.- le contestó con una voz ya susurrante.- Sin embargo...- Avika tragó saliva antes de hablar y dudó durante un pequeño instante. -Sin embargo me decepciona verte cómo un hombre con tales ambiciones.- Chandra empezó a reír a carcajadas parándose entre carcajada y carcajada para dejar salir una insana tos.

-Princesa, yo ya no tengo tiempo ni fuerzas para gobernar ningún gobierno, solo espero poder educar, a través de los sucesores, al futuro

gobernador de Mayakara. Un líder que traiga paz a todos los reinos de Akhila y que no clasifique a la población por clases sociales.- La princesa no parecía para nada convencida con la idea de Chandra, todos sabían bien que era peligroso darle a alguien con tanto poder mágico el control absoluto de Mayakara, pero calló, no quiso llevarle la contraria a un viejo amigo.

Terminada la conversación ésta condujo su mirada hacía Pasyati, su familia llevaba años en el poder, el pueblo siempre les elegía de entre todos los candidatos y dudaba que fuera a ser tan fácil destronarle. Hubo un tiempo en el que se intentó, hacía ya muchos años de aquello... Entonces Avika sacudió su cabeza, el tiempo pasado, pasado está y solo queda seguir hacia el futuro, se dijo convencida.

Capítulo 3

2.- La capital del mundo

Jastinápura, era la capital de Mayakara, la nación más poderosa de todos los reinos y naciones de Akhila. Cuenta la leyenda, que Mayakara fue fundado por Prahtama, un mestizo entre dos razas ya extintas: Los gurús originales, seres humanoides de piel grisácea, pelo plateado y un enorme poder mágico, y los humanos convencionales. La mezcla entre las dos razas creó a los mayacarenses. Los gurús originales crearon unas piedras mágicas para guardar sus poderes y, según la leyenda, se las otorgaron a Prahtama para que los mayakerenses las custodiaran.

La capital de la nación era una ciudad enorme con una población de no menos de dos millones de habitantes. Dicha población estaba formada solo por mayakarenses, ya que por orden del propio gobernador, todas las fronteras que formaban el extenso territorio de Mayakara, estaban cerradas al resto de vecinos. Las zonas de influencia de la capital se podían apreciar con facilidad. En el centro de la ciudad se encontraba el gran templo de Prahtama, un imponente templo que se erguía encima de más de trescientos escalones y que contaba, en frente de sus enormes puertas de diez metros, con una estatua de oro del mismo Prahtama, que portaba una espada en una mano y una bandera en la otra; la bandera roja y azul, con una estrella en el centro que representaba a la nación de Mayakara. A cada lado de las puertas había una columna que llegaba hasta el techo que se formaba con dos paneles de tejas de cerámica rojas que subían y se unían en forma triangular. Esta majestuosa construcción no solo se utilizaba como culto divino, también era el centro político y cultural de toda la nación, ya que los grandes eventos y asambleas del consejo se celebraban en las proximidades del templo.

La ciudad se dividía en distintas zonas, separando sus clases sociales, expandiéndose desde el templo hasta las afueras, situando las clases más acomodadas en el centro y las más desdichadas en las afueras, así, según la zona en la que vivías cualquiera podía averiguar tu estatus social.

En las proximidades del templo solo vivían miembros de las familias con terrenos y fabricas bajo sus dominios, que eran los mismos que podían presentarse a las elecciones para ser elegidos como gobernadores o consejeros que eran los encargados de decidir y acordar las leyes de Mayakara. A estas familias se las conocía como dinastías y los miembros de ellas eran los únicos ciudadanos de la nación con derecho a apellido,

portando el nombre de su dinastía como tal.

Luego venía la zona céntrica de los mercados, una zona donde sus habitantes eran mercaderes adinerados con permisos para salir al punto neutro a comerciar con otras civilizaciones. Estos mercaderes estaban por debajo, únicamente, de las familias de gran poder político y podían moverse por toda la ciudad, excepto por las aproximaciones del templo, sin un permiso especial.

Tras la zona del templo y la de los mercados céntricos llegaba la zona industrial, regida por los propios trabajadores de las fábricas y algún que otro mercader que solo disponía de permisos para comerciar dentro de Mayakara. Uno de estos mercaderes era Sadharana, un joven simplón que se ganaba la vida comprando y revendiendo objetos en los mercados locales. El zagal comerciante, poseía una pequeña tiendecita en la zona industrial heredada de su padre, que murió de una terrible fiebre hacía ya varios años. Sad llevaba la tienda junto con su madre y su hermano mayor: Matr y Bandhú. Su madre se ocupaba de atender en la tienda, mientras que Bandhú era el responsable de comerciar con el resto de ciudades vecinas, haciendo con su carro, grandes y largos viajes. Sad envidiaba con fuerza aquellos viajes, ya que su único cometido era negociar en los mercados locales de Jastinápura, algo que se le quedaba pequeño frente a sus ansias de salir y correr aventuras por un extenso mundo del que no conocía ni una décima parte. Por eso, al joven Sadharana, le gustaba el gran día del mercado de Jastinápura que se celebraba mañana. El ansioso joven solo disponía de licencias y permisos para ir a comprar a la zona agrícola de la ciudad, la única que estaba por debajo de su zona, sin embargo, el día del mercado le daban permiso para acudir a la zona de mercados céntricos y aquello le entusiasmaba, pues, aunque siguiera sin salir de la capital, nada tenía que ver esa parte de la ciudad con la que él conocía: calles empedradas, incluso alguna con algún mosaico, plazas con mercados que contenían objetos, artilugios y víveres traídos no solos de otras partes de su nación, sino también des de fuera de las fronteras de Mayacara, gente con grandes vestimentas y elegancia, estatuas de distintos héroes locales, teatros... Era un sueño poder contemplar toda aquella diversidad aunque fuera solo dos días al año; uno en verano y otro en otoño.

El joven jastinapurenses había tenido problemas en años pasados para poder adaptarse a la gente que habitaba ese barrio. Muchos le reprochaban sus modales y forma de vestir llamándole simplón, patán, plebeyo y un largo etcétera de insultos. Por ello, Sad, había estado ahorrando para comprarle a un mercader que bajaba desde el barrio céntrico una vez al mes para vender su ropa vieja, unas ropas apropiadas para la ocasión. Este año te tratarán cómo uno más, se decía el siempre positivo joven mientras contemplaba su nueva adquisición.

Algunos de sus conocidos y vecinos del barrio se acercaron a su tienda para contemplar sus nuevos ropajes, pues pocos ciudadanos del barrio industrial tenían acceso a ropas como esas, y desearle suerte para representarlos en un barrio superior al suyo. Para Sad, esa era una gran responsabilidad. Aunque para los del barrio de mercados centrales fuera un patán, en su barrio natal la familia de Sad era amada y respetada, pues su tienda atendía prácticamente todas las necesidades del barrio y todos los habitantes de las casas cercanas les conocían y les guardaban aprecio.

Aquella noche el joven mercader se quedó mirando el techo de su habitación inmerso en sus pensamientos, sin poder dormir, fantaseando con el gran futuro que le aguardaba. Sabía que esa sería su gran oportunidad para conocer cómo vivía el otro mundo de la ciudad. "Mi gran oportunidad" se decía, esta vez no podía fallar.

Capítulo 4

3.- El día del mercado

Hacía un día espléndido, era verano en Jastiná pura, donde por costumbre habitual, el clima solía ser frío e inhóspito durante casi todo el año. Pero no en verano, aunque el verano solo durara dos meses en el norte de Mayakara, era bien recibido y aprovechado por todos sus habitantes.

Todas las calles de la capital estaban abarrotadas de gente, ciudadanos de todo el país se habían reunido en la capital para presenciar la ceremonia de elección, una antigua ceremonia mayakareense en la que los grandes Gurús eligen a cuatro nuevos jóvenes de todo el largo terreno de Mayakara para acogerlos cómo pupilos y guiarlos a controlar todas sus grandes energías.

Sad se vistió con sus recientemente adquiridos atuendos: Una chaquetilla verde con botones en el centro y en los puños, los cuales tenían unas rayas decorativas doradas. Junto a los botones centrales, bajaban unas cenefas también doradas en forma de ese. Llevaba unos pantalones verdes que iban en perfecto conjunto y sus zapatos marrones gastados de siempre, ya que, eran los únicos de los que disponía. Si bien eran ropajes nobles, de buena calidad e incluso con algunos aspectos decorativos como las cenefas, se veían claramente desgastados, por lo que la gente podía deducir con claridad que no se trataba de un ciudadano de renombre. Pero eso al joven mercader no le importaba, le costó mucho poder costearse esa ropa y él la portaba con la cabeza bien alta.

Ya en medio del bullicio del mercado, el joven comerciante iba paseando concentrado en su trabajo. Buscando poder encontrar alguna ganga que llevarse a casa para así poder revenderla más cara a sus compatriotas del barrio industrial. En uno de los mercadillos, el joven avistó una pequeña espada con unas esmeraldas en la empuñadura.

Sadharana se acercó al puesto para observarla mejor. Al ver su precio quedó completamente perplejo, pues, si las esmeraldas eran reales, podía revenderlo por bastante dinero en su barrio natal. El joven empuñó la espada frente a la desconfiada mirada del tendero, el cual, es de suponer que ya habría tenido que correr detrás de algún que otro ladrón algún día de mercado. Al empuñarla sintió una extraña pero agradable sensación, cómo si un placentero calor recorriera todo su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la última punta de su corta cabellera, no entendía por qué pero en ese preciso instante cambió de opinión y decidió quedarse para sí

mismo aquella espada. De pronto, sus pensamientos son interrumpidos.

-Por pequeña y manejable que parezca esa espada sigue siendo una espada - Dijo una voz con prepotencia desde la espalda de Sadharana. El joven se giró buscando ver el rostro que desprendía esa voz tan sombría. Al girarse vio a un joven no mucho más alto que él, sin embargo, con una postura tan noble y desafiante que parecía medir un metro más que el joven simplón. Sad se quedó algo petrificado al ver ese rostro grisáceo con la mirada frívola acompañada por el color verde hipnotizante que desprendían los ojos de aquel joven.

- Me refiero, a que a lo mejor no deberías jugar con eso. No pareces ser muy hábil con las armas.- Insistió el tétrico joven.

- No deberías juzgar a alguien por su aspecto amigo.- Le contestó Sad intentando sorprenderle pero sin ser capaz de esconder su nerviosismo.

- ¿Entonces? ¿Sabes usar la espada?- Le preguntó ligeramente sorprendido el otro joven.

-No, la verdad es que no.- Le replicó Sad entre dientes agachando la cabeza. El joven misterioso sacó su mano que había permanecido escondida debajo de su capa durante toda la conversación. Sad intimidado por la presencia de aquel desconocido se cubrió la cara con sus brazos y cerró los ojos preparándose para recibir un golpe cómo los que ya había recibido otras veces de aquellos que estaban por encima de él en la escala social. Tras un segundo sin recibirlo, el joven abrió sus ojos y observó a su supuesto agresor extendiendo su mano.

- Me llamo Utka, he venido hasta aquí para convertirme en el pupilo de un gran Gurú y proteger a la gente como tú. – Sad notó algo de superioridad en ese comentario, pero no le importó, sabía que ese joven y él no estaban hechos con el mismo molde, en la cultura mayakarense el pelo plateado o la piel grisácea eran sinónimos de poder. Así que extendió su mano apretándola con decisión.

- Mi nombre es Sadharana, pero puedes llamarme Sad. – Dijo con una sonrisa. El alegre mercader sabía que era buena idea llevarse bien con un posible futuro Gurú, pues estos eran los encargados de defender al reino y tenían todo el poder mágico de Akhila. En el momento, el tendero ya algo nervioso lo reprochó al joven.

-¡He muchacho! Sí tú, el bajito de pelo marrón ¿Vas a pagar eso?- Entonces sad se puso nervioso, no le sentaba nada bien que le presionaran. Intentó sacar el dinero de su bolsita de cuero con una mano y ésta se le cayó al suelo. Sad se agachó y empezó a reunir todas las monedas perdidas de entre los pies de la multitud que se había agrupado en ese mercado. Al tenerlas todas, el joven pagó al tendero y volvió a

coger su espada. Cuando se giró para seguir su conversación, Utká se había largado.

Un poco más tarde, ese mismo día, Sad seguía paseando con su cabeza distraída pensando en aquel extraño joven, algo no le gustó en su aspecto, aunque no llegaba a comprender el qué. De repente se paró frente a un mosaico precioso puesto en el suelo con gran precisión. El mosaico, compuesto por varias piedras colocadas a modo de puzle, representaba a unos gurús entregando sus piedras mágicas a Prahtama. De pronto un grito le liberó de la hipnosis que le provocó ver tal obra de arte.

-¡Aparta criajo!- dijo con desdén un comerciante cargado que pasaba por la acera. Sad se apartó pidiendo disculpas y

observó incrédulo como todos los ciudadanos pasaban por encima del mosaico sin prestarle las más mínima atención.

Al presenciar esa escena, sin saber muy bien porqué, se acordó de una extraña piedra con aspecto de rostro humano que tenían en su barrio industrial, estaba claro que esa piedra no era comparable con esa maravilla que decoraba el suelo del barrio del mercado céntrico, pero pensó en cómo los foráneos siempre se fijaban en su piedra, mientras que ellos, no le daban la más mínima importancia. Entonces meditó: ¿sería yo capaz de acostumbrarme a tal obra de arte si lo viera todos los días? De improviso, un murmullo provocado por un gran grupo de gente le liberó de sus divagaciones. El joven se acercó al grupo de gente para ver lo que ocurría abriéndose paso como un ágil felino hasta llegar a la primera fila. Se trataba de Átapa y Candra, dos miembros de una de las familias más poderosas de la provincia de Anta. Anta era una provincia fronteriza, por lo que sus habitantes, no solo acostumbraban a tener un buen poder mágico sino que además se estilaban cómo grandes guerreros. Átapa era el hermano mayor de Candra, era un joven muy reservado, meditaba mucho antes de hablar. Cómo era habitual en su región, era un hombre alto de más o menos un metro noventa, de pelo corto y pelirrojo. Candra, la hermana menor de Átapa, era también pelirroja y solía llevar una trenza que le llegaba hasta el centro de su definida espalda. Candra era el prototipo clásico de los Antanienses, musculosa, hábil con las armas y con un carácter fuerte y agresivo. Eran sin duda dos de los favoritos para ser elegidos como sucesores de los actuales gurús, sin embargo, Sad desconocía la identidad de sendos jóvenes.

El día iba avanzando, el sol ya había empezado a ceder un poco y de cada vez llegaban más i más candidatos a gurús. Poco a poco los festejos y celebraciones pertinentes para tal evento se fueron desplazando de los mercados a la plaza principal, frente al gran templo de Prahtama, el gran

dios y fundador de todo el largo reino de Mayakara. Hacia allí se dirigían Átapa y Candra, hacia la entrada al barrio del templo de Prahtama. Sad sabía de más que no tenía acceso a ese barrio, pero sus pies se movieron solos siguiendo a los dos prometedores sucesores.

Ya en el portón de la tercera y última muralla de Jastiná pura, la que separaba el barrio del mercado central del barrio del templo de Prahtama, Sad avistó a un soldado sentado en una silla comprobando las licencias de paso, éste, estaba resguardado por una veintena más de soldados armados hasta los dientes. Los dos Antanienses pasaron sin problemas, fueron reconocidos por los soldados y éstos les dejaron pasar sin pedirles siquiera sus permisos. Pero para el joven del barrio industrial no sería tan fácil, esa sería otra historia muy distinta.

El joven simplón se quedó plantado a unos metros del portón, este año sí, se decía a sí mismo. En eso, el humilde comerciante tragó saliva y se atrevió a hacer lo que no se había atrevido a hacer en los últimos tres años, ir hacia el portón e intentar entrar al barrio más exclusivo de toda Jastiná pura.

El soldado de la silla levantó la mirada al ver que alguien se acercaba y suspiró cansado al ver que el individuo que se acercaba a él era un joven con la piel marcada por el sol, la ropa usada, unos zapatos viejos, limpiados con esmero por el propio crio pero viejos al fin y al cabo, y unos andares torpes.

-Licencia o permiso de paso- Dijo el soldado encargado de los permisos tras su suspiro inicial sin dejar de mirar los papeles de su mesa.

-Buenos días soldado, me he dejado mi permiso adentro... Antes cuando he entrado... gracias a mi permiso.- Dijo el joven con convicción pero sin convencer a nadie. El soldado levantó una ceja incrédulo a la estupidez que acababa de decir el joven patán.

-Llevo todo el día sentado en esta mesa y no recuerdo haber visto tu cara ¿Sabes que intentar colarse en un portón de la capital se considera delito, joven?- Sad dio un paso hacia atrás, preparándose por si precisaba de salir corriendo. Mientras, a unos pocos metros, detrás de Sadharana, Chandra se estaba deleitando de aquella escena con una sonrisa en su boca.

-Tranquilo soldado- Dijo el anciano bajo la sorprendida mirada de todos. - El joven mercader viene conmigo.- Siguió. Entonces el soldado se levantó de la silla y se inclinó hacia el viejo Chandra reverenciándolo, el resto de soldados le imitaron y dejaron pasar a ambos por aquellas enormes puertas que conducían hasta el corazón de la capital de la nación. El

maestro Gurú cogió a Sad por el brazo y lo condujo por la portalada.

El joven patán ni tan siquiera había reconocido a Chandra pero sin duda le estaba agradecido. Gracias a aquel agradable desconocido estaba a punto de cumplir unos de sus sueños adentrándose en el más exclusivo de todos los barrios del extenso país de Mayakara.

Capítulo 5

4.- La hora de la elección

Átapa iba andando por el barrio del templo junto a su hermana menor, en éste barrio ya no se veía tanta muchedumbre cómo en el del mercado, ya que su acceso era más restringido.

-Ese poder mágico- Masculló Átapa. -¿Lo notas?- Preguntó a su hermana.

-Tranquilo hermano. Mira.- Candra le señaló hacia la dirección donde se encontraba la princesa Avika. -El poder que notas debe de ser el de la princesa. La verdad es que resulta abrumador.- Apuntilló la joven anteniense. Átapa no dijo nada, él contaba con bastante más poder que su hermana y había detectado el enorme poder de la princesa nada más pasar por el portón. No, ese poder que sentía ahora no era el de la princesa, era un poder similar al suyo. El joven candidato empezó a mover sus ojos a la caza del portador de ese poder. De repente, su mirada se quedó clavada en un joven moreno de aproximadamente su edad, que vestía una capa con capucha y su piel era pálida, casi gris. Sí, Átapa estaba convencido, sin duda ese poder provenía de Utká. El misterioso joven levantó la mirada y también fijó sus ojos en el joven anteniense desde la distancia ¿Habría notado también su poder? Pensó para sí mismo Átapa. Entonces su hermana le llamó la atención.

-Átapa, vamos a tomar algo, aún queda un buen rato para la ceremonia.- El joven candidato miró entonces a su hermana, asintió una vez y al levantar la cabeza Utká había desaparecido. Átapa sabía que ese joven sería uno de los elegidos y en el fondo sentía una inmensa satisfacción tras poder llegar a conocerlo.

Pasado un escaso tiempo andando, los dos hermanos llegaron a una taberna abarrotada. "La flor de Oshadi" Ponía en un gran y viejo cartel que colgaba encima de la entrada principal. Al vislumbrar una mesa vacía en el interior, ambos jóvenes se decidieron a entrar en el establecimiento y coger asiento.

-Siento este bullicio, normalmente mi local es más tranquilo.- Les dijo, una vez sentados, el aparentemente estresado propietario de la taberna.

-No importa- Respondió Candra sin dejar de mirar la carta. Al segundo, Candra pidió cerdo asado y un vaso de agua, mientras que su hermano pidió cordero y una Peyani del número dos. La Peyani era una bebida típica y muy popular en Akhila. Se trataba de un veneno tóxico extraído de una flor, diluido posteriormente con agua, que provocaba un dulce

estado de embriaguez.

La inquieta antanniense empezó a devorar su plato mientras Átapa observaba sus alrededores. Átapa era un joven muy analítico y le gustaba tener su alrededor controlado para saber quién estaba junto a él. En eso, sus ojos se quedaron clavados en una mesa en concreto no muy lejos de la suya.

-Esa es Durg- Comentó en voz alta. Su hermana se giró hacia atrás con rapidez mientras seguía engullendo. Al girarse, detectó la mesa de la que hablaba su hermano enseguida. En la mesa no solo estaba Durg, la Gurú del poder de la tierra, sino que también le acompañaba Indra, el Gurú del poder del fuego. La verdad es que ella ya había oído en algún coloquio sobre el escuadrón Gurú de la buena relación entre Durg e Indra. Se comentaba por las calles que siempre iban juntos y se apoyaban en todas las decisiones de su día a día.

-¿Deberíamos ir a saludar?- Preguntó algo nerviosa la joven guerrera. - Creo que puede ser nuestra gran oportunidad para ganar puntos, Átapa.- Insistió la joven y musculosa antanniense mientras movía sus brazos nerviosa. Candra era una guerrera nata y soñaba desde pequeña en llegar a formar parte del escuadrón más importante del ejército mayakarense, el escuadrón Gurú. No tuvo tiempo de terminar de convencer a su hermano, cuando notó una mano en su hombro. Ésta se giró ferozmente poniendo su mano derecha en la empuñadura de su hacha dejando caer su silla al suelo. Todos los presentes de esa abarrotada taberna dejaron sus quehaceres y pusieron su atención en la mesa de Candra. Al ver que delante de ella se encontraban Durg e Indra, la irascible antanniense se calmó y bajó su mirada hacia el suelo a la vez que soltaba su hacha. Enrojecida por la vergüenza de haber intentado levantarse en armas frente a dos maestros Gurús, se inclinó a modo de reverencia y se disculpó por su acalorado comportamiento.

-Vaya, sí que es verdad lo que dicen sobre tu carácter.- Señaló Durg mientras rompía el silencio que se había apoderado de toda la taberna. Indra, por detrás de Durg, con la cara algo enrojecida, seguramente por haberse tomado unas pocas Peyani, se echó a reír abiertamente.

-Candra ¿verdad?- Preguntó Durg insistiendo en hacer hablar a la avergonzada joven. -Y tú debes de ser su hermano, Átapa.- Siguió. Candra seguía mirando al suelo en silencio, mientras que su hermano asintió levemente.

-¿Podemos?- Les dijo la serena Gurú señalando su mesa. Entonces, La joven pelirroja levantó su cabeza como un resorte. -¡Oh si por supuesto!- Exclamó levantando la silla que había tirado al suelo al levantarse furiosa hacía unos segundos. Tras haberse aclarado el asunto, el resto de clientes

retomo sus conversaciones y festejos cómo si nada hubiera pasado.

Una vez sentados en la mesa, Durg le hizo un gesto al camarero, éste, sin tardar más de un minuto le trajo una Peyani del número uno a Durg y otra del número ocho a Indra, quien aguantaba bien la peyani y parecía llevar costumbre en su ingesta.

Átapa permanecía callado sentado en su silla viendo cómo los dos miembros del escuadrón Gurú se mostraban simpáticos frente a una Candra que intentaba causarles una grata impresión, preguntándole constantemente a cerca de sus vidas en Anta y sobre sus trabajos realizados para mantener las defensas fronterizas. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo. No había sido casualidad que se encontraran en esa taberna, no, eso no fue casualidad. Era obvio para él que los dos Gurús habían detectado sus poderes en medio de todos los candidatos reunidos en el barrio del templo y les habían seguido hacia la taberna para analizar sus comportamientos. Además, Durg había pronunciado sus dos nombres, por lo que era obvio que sabía a quien se dirigía. Para el joven antanniense solo había dos opciones posibles; O bien los dos hermanos ya habían sido elegidos cómo sucesores, o sería en esa misma conversación cuando los maestros decidirían.

Durg se dio cuenta en seguida de que el silencioso Átapa estaba rumiando algo.

-¿También has intervenido tú en las defensas de Anta, Átapa?- Le preguntó la maestra Gurú.

-Por supuesto. Aunque creo que eso ya lo sabíais.- Contestó el joven intentando ir directo al grano. Durg dibujó una mueca de sonrisa en sus labios. Aquel joven había adivinado sus intenciones al momento, sin duda era su elección. Sí, sin duda una gran elección.

Indra se terminó su bebida, se levantó de su silla y, confirmando las sospechas del astuto joven dijo: -Bien, ya nos conocemos ¿por qué no nos acompañáis ahora hasta el templo de Prahtama? Mucha gente estará esperando ansiosa nuestra llegada.- Los dos jóvenes asintieron y marcharon los cuatro hacia el templo.

Al llegar al templo los dos hermanos vieron a un montón de gente esperándolos y aplaudiendo mientras, los cuatro, se dirigían hasta un pequeño tablado donde les esperaban Pasyati, Avika y Chandra.

-Les presento nuestros sucesores majestad.- Dijo Durg con vehemencia señalando a los dos hermanos. El rey apretó las manos de sendos antenienses dándoles la bienvenida y levantó sus brazos como si de dos soldados victoriosos se tratara. Los espectadores del evento enloquecieron

y empezaron a aclamar a los dos primeros elegidos de la ceremonia.

Al poco rato apareció Kali, a Átapa no le sorprendió ver que quién acompañaba a Kali no era, ni más ni menos que Utká, ya que era el único candidato que había conseguido llamarle la atención por su poder mágico. Al llegar al tablón El gobernador repitió el mismo protocolo que con los otros dos elegidos, esta vez con Utká. Kali se acercó por detrás a Chandra.

-Cómo no, el paciente y sabio Chandra es el último en elegir su sucesor.-
manifestó con desdén al propio Chandra.

-Esta vez te equivocas mi viejo compañero, nada más cruzar el portón he elegido a mi sucesor, debe estar al llegar.- Le replicó a su compañero. Entonces Kali pasó su mano por su mentón intrigado ¿A quién habrá elegido ese revolucionario anciano? De todas formas no le preocupó demasiado. Dudaba de que hubiera encontrado a alguien más poderoso que su candidato. La princesa Avika también se acercó preocupada a su vetusto compañero y le susurró al oído

-Tienes que elegir a alguien Chandra, todos tienen ya a sus sucesores.-
Entonces Chandra sonrió y gritó señalando hacia un extremo de la multitud.

-¡Allí está! ¡Ésa es mi elección!-.

Capítulo 6

5.- La llegada del último sucesor

Sad entró, por primera vez en su joven vida, al barrio más importante e influyente de todo el largo reino de Mayakara, con una sonrisa engrandecida y acompañado por el veterano maestro.

-Dime joven.- Dijo el sabio Gurú.- ¿Vas a ir a ver la ceremonia? Me gustaría verte entre el público.

-Por supuesto.- Contestó enérgico y positivo el zagal comerciante.-Usted ha sido el único amable conmigo en todo el día, le prometo que allí nos reuniremos para disfrutar juntos de la ceremonia.- Chandra asintió con una sonrisa de complicidad, ese joven mercader le había causado una grata impresión, aunque era obvio que no se había dado cuenta ni de lo que acababa de ocurrir. Una vez todo dicho, los caminos del vetusto Gurú y del joven comerciante se separaron.

Hacía un día espléndido y el joven jastinapurense estaba entusiasmado. Nunca en su vida había caminado por esas calles y andaba expectante, observando todo a su paso como si fuera su primer día de vida. Todas las calles eran más elegantes si cabe que las del barrio del mercado, con anchas vías empedradas con gran precisión y unas fuentes de piedra de indudable belleza que emergían en medio de diversas plazas con bancos de piedra dispuestos para el descanso de los viandantes.

Su paseo lo llevó directo al umbral de una taberna. El joven mercader era menor por lo que no podía consumir peyani, sin embargo eso en su barrio no era problema, los taberneros servían a todo aquel que se sentara sin excepción, siempre que éste dispusiera de unas monedas.

El inocente joven se acercó a la barra con una gran sonrisa.

-Buenos días buen señor- le dijo al camarero, el cual le respondió sin girarse ya que andaba muy liado con toda la gente que se había reunido en un día tan señalado.

-¿Que te pongo muchacho?

- Ponme una peyani, pero solo del número dos, tengo asuntos que arreglar más tarde y necesito estar cuerdo.- le contestó el joven con confianza. Entonces el tabernero se giró para ver la cara de su cliente, al

verle, enseguida detectó que ése muchacho estaba fuera de sitio.

- Mira joven, no sé de dónde has sacado esos harapos, ni sé cómo has pasado por el portón, pero sí sé que en esta taberna no servimos a menores, vete de mí local si no quieres que llame a la guardia.- El muchacho del barrio industrial pudo ver en el rostro malhumorado del tabernero que éste no se andaría con chiquilladas, así que se tragó su réplica sobre sus harapos y se fue sin decir nada.

Tras salir de la taberna, el joven escupió al suelo mientras apretaba sus puños con rabia. Había pasado todo el año ahorrando para poder comprarse esos "harapos", como se les había referido ese infame tabernero, con el único fin de ser aceptado. En el barrio del mercado su estrategia funcionó, a diferencia de otros años nadie se burló de él, pero aquí no. En el barrio del templo volvió a ser el inútil mercader sin licencia del barrio industrial. El joven quiso calmar su frustración dando una patada a una piedra que terminó por pesar más de lo que se esperaba. Al golpearla, éste perdió el equilibrio y terminó cayéndose al suelo. A unos pocos metros se podían oír las risas y burlas de unos jóvenes del barrio del templo que iban vestidos con elegantes y nuevas túnicas de seda.

-¡Mirad a ése patán! Jajajajaja, no sabe ni andar.- Decía uno de los tres muchachos mientras señalaba al abatido joven. Sad al oírles se levantó cabreado.

-¿¡A quién llamáis patán!?- En eso, uno de los jóvenes se le acercó y lo empujó. Sad al no esperarse el empujón, perdió el equilibrio y se fue nuevamente al suelo.

-Yo que tú no andaría buscando problemas, patán.- Le contestó tras el empujón insistiendo en pronunciar aquella palabra que tanto le había humillado anteriormente. El testarudo joven no se dio por vencido y volvió a levantarse con furia, aunque controló sus impulsos al verse rodeado por los tres pendencieros que se burlaban de él. Entonces tragó saliva, solo tenía una opción, con firmeza y rapidez empuñó la espada que llevaba atada en la espalda blandiéndola con decisión, no obstante, antes de que tuviera tiempo de demostrar su valía, el joven de su espalda sacó una porra de su cinto y le atizó en la cabeza regresándolo directo al mismo suelo del que acababa de levantarse.

Ya en el suelo, el lastimado joven yacía inmóvil casi inconsciente mientras recibía una serie de patadas que parecía interminable. La víctima no podía hacer más que intentar cubrirse la cara con las manos mientras recibía patadas, insultos y algún escupitajo propinado por los tres abusones. Por lo menos de ese modo se libró de los peores golpes en la nariz y la boca, aunque sus costillas quedaran expuestas y recibieran la peor parte del ataque. Al rato, el cabecilla del grupo se cansó e instó al resto de ir al

templo a ver la ceremonia dejando al magullado joven tirado en la calle.

Tras un tiempo en el que el joven había perdido levemente el conocimiento, éste levantó la vista y vio la parte más alta del templo que se elevaba por encima del resto de edificios de la magnánima ciudad. Entonces se levantó desorientado y dolorido. Le dolía todo el cuerpo y aun así su mayor dolor se encontraba en su interior. Había sido humillado terriblemente y la ropa por la que tanto había trabajado y de la que se sentía tan orgulloso estaba sucia y rota. Solo quería irse a casa, a su barrio, donde todos lo despidieron la noche anterior con ánimos al emprender su ruta hacia los mejores barrios de la ciudad y lo felicitaron por sus nuevos atuendos. El joven no pudo contener las lágrimas que brotaron por su triste rostro unos instantes, no obstante, supo recomponerse. No, no puedo irme aún, le prometí a ése anciano que me reuniría con él en el templo, se dijo a sí mismo. De improviso, el joven cogió su espada del suelo y empezó a andar hacia el templo, cojo y con una mano en sus costillas, peor con gran determinación.

En el templo, Chandra permanecía calmado mientras todos estaban esperando su elección, Pasyati estaba impaciente, nervioso ¿A qué está jugando ese anciano? Pensaba mientras veía como se quedaba inactivo sin elegir a ninguno de los jóvenes presentes. La princesa Avika se acercó al impassible sabio y le susurró al oído.

-Tienes que elegir a alguien Chandra, todos tienen ya a sus sucesores.- Entonces Chandra sonrió y gritó señalando hacia un extremo de la multitud.

-¡Allí está! ¡Ésa es mi elección!- Todos los presentes se giraron y contemplaron cómo un débil y desorientado Sadharana llegaba al encuentro de su único amigo en aquel barrio, el anciano que le había ayudado a entrar y lo había tratado cómo un igual. De golpe, los espectadores reunidos delante del templo, empezaron a aplaudir y vitorear al elegido, mientras éste, no sabía que estaba pasando.

A Pasyati y a Kali no pareció entusiasmarles la idea, había un montón de jóvenes con poder mágico y de familias nobles que habían acudido a la ceremonia y Chandra, ese conflictivo e impredecible anciano, ¿Tuvo que elegir a un joven de baja cuna con dudoso poder mágico? Pero la elección estaba tomada y solo Chandra se haría responsable si aquello resultaba ser un terrible error.

Entre la multitud, Sad seguía observando incrédulo y confundido todos aquellos ciudadanos que lo aclamaban. Sin saber muy bien por qué, el joven sonrió y levantó sus brazos, algo que animó aún más a la plebe. En eso, exhausto por aquel día de tan diversas y duras emociones, y dolorido por la paliza propinada hacía unos instantes, el joven se desplomó inconsciente en el suelo de aquella plaza mientras todos le miraban

atónitos.

Capítulo 7

6.- El cánido

Kukura miraba hacia un cielo despejado mientras ordenaba en su cabeza todos los factores que le habían conducido a aquel momento. Miró sus manos callosas con grandes garras y con unos brazaletes protectores en sus antebrazos. Luego miró a su derecha y a su izquierda. Estaba acompañado por centenares de soldados de su misma especie: Los cánidos.

Los cánidos eran parecidos a los mayakarenses excepto por sus garras, sus colmillos y sus hocicos y orejas ligeramente más alargados.

A lo lejos, Kukura podía oír los pasos y el olor de otros centenares de cánidos que se aproximaban a aquella pradera que permanecía en calma y en completo silencio, pues ninguno de los más de cien cánidos reunidos allí parecía querer hacer ningún ruido, como si tratarán de impedir que el enemigo localizara su posición. Sin duda, era la calma que precedía a la tormenta. Ya no había escapatoria. La batalla estaba a punto de empezar y él debía participar en ella.

Kukura no siempre había sido soldado ni mucho menos, de hecho, hacía sólo un par de semanas se encontraba trabajando la tierra en la granja del viejo Jaratah. Kukura era huérfano y Jaratah lo acogió en su granja a cambio de que le ayudara en sus trabajos y mantenimientos necesarios. Tal fue el aprecio que mostró ese anciano granjero con Kukura, que hasta le dio su apellido, Sadhu, adoptándole así como un miembro de su familia. La relación entre ambos podía describirse como una relación fraternal y Kukura vivía feliz en aquella granja, hasta que llegaron esos malditos emisarios del Beta de Harita, Vitiya Arya. Los cánidos vivían en pequeños feudos donde el Beta, propietario de unas tierras, también era propietario de la gente que vivía en ellas y todos los jóvenes podían ser reclutados como levadas, las cuales se utilizaban como primera línea de infantería.

Nada pudo hacer en aquel fatídico día el joven cánido, para impedir que se lo llevaran al campamento de adiestramiento regional de Harita. Kukura era un joven atlético con colmillos y garras grandes, que en su cultura se consideraban una señal de poder, así que los emisarios no pudieron ser persuadidos por una bolsita de oro que había estado guardando Jaratah para, llegado el momento,

ofrecérsela a los guardias a cambio de la libertad de su trabajador. Había una guerra inminente y los emisarios tenían órdenes de llevarse a todos los jóvenes fuertes posibles para entrenarlos en el campamento militar de

la región. Sí, Kuruka podía recordar bien aquel campamento. Dos semanas de duro entrenamiento militar, sin apenas comer ni dormir y donde los gritos y castigos estaban en el orden del día. Sin duda la vida del soldado endurecía hasta al más pusilánime de todos los cánidos.

-Ya están aquí.- Dijo otro joven reclutado cómo le va rescatándolo del profundo hoyo de sus pensamientos.

En el horizonte empezaron a surgir las siluetas de la primera línea de infantería enemiga. Eran cánidos cómo ellos mismos. Luchaban porque los Betas de ambas regiones, Vitiya Arya y Svargin Virgan de la región de Nikate, tenían intereses comunes por unas tierras y ninguno quería renunciar a sus derechos sobre ellas. Aquello a Kuruka le parecía absurdo, tantos cánidos muriendo a manos de otros cánidos vecinos. Pero la realidad era la que era y él no podía cambiarla.

-¡Escuchadme bien sacos de pulgas infestos!- Kukura reconoció esa voz, se trataba sin duda de la voz del general de la primera fila de infantería que les había estado preparando en el campamento. -Tenemos la orden de aguantar el máximo tiempo posible antes de ser reemplazados por la segunda línea de infantería. Muchos de vosotros vais a morir hoy, pero puedo aseguraros que si hacéis todo cuanto diga, muchos también conseguiréis sobrevivir y llegar a casa con una generosa bolsa de oro para vuestras familias. ¡Por Harita! -Todos empezaron a aullar para motivarse e intimidar al enemigo que no cesaba en su avance, y por encima de todo, para ahuyentar su propio miedo a la muerte.

En menos de dos minutos, kukura se encontró frente a frente con sus enemigos. Tenían órdenes directas de aguantar, por lo que luchaban a la defensiva para debilitar al enemigo y no perder la formación. Kukura, al igual que el resto de sus compañeros, se defendía atajando los golpes con su propia espada, pues la mayoría no gozaban del privilegio de poder comprarse un escudo ni buenas armaduras. En una de las investidas con uno de sus enemigos, logró asestarle un buen corte con su espada en el hombro, y éste cayó al suelo aullando de dolor. Contrariamente de cómo habría imaginado, a Kukura le produjo placer el hecho de infligir daño a un enemigo y disfrutó observándole mientras éste se retorció de dolor en el suelo. Pronto, la investida de un nuevo enemigo volvió a ponerle en guardia. Los ataques eran constantes y no había tiempo para el regocijo.

Ya llevaban varios minutos luchando, defendiendo su posición y atacando en cuando veían una oportunidad. Su superioridad ante el enemigo era clara, la primera línea del enemigo estaba, igual que la suya, formada por jóvenes granjeros y trabajadores, sin embargo, la suya había aprovechado el tiempo para entrenar los principios básicos de la lucha, mientras que sus enemigos se veían torpes, flojos y desorganizados. Los compañeros de Kukura ya estaban rodeando al enemigo por los flancos en cuanto Svargin dio la orden de sustituir a la primera línea por la segunda. La

retirada del enemigo estuvo lejos de ser cautelosa. Todos huyeron despavoridos sin ningún control mientras Kukura y sus compañeros les asestaban mortales golpes con sus armas bajo las incesantes órdenes del general encargado de la primera línea:

-¡Mantened vuestras posiciones! ¡No los persigáis!- Gritaba desesperado. Los más sedientos de sangre ignoraron las órdenes de su superior y corrieron detrás del enemigo en busca de venganza por sus compañeros caídos, hasta toparse con el letal filo de las armas de la segunda línea de infantería que se apresuraba en relevar a la primera. A diferencia de las levas, la segunda línea de infantería estaba formada por soldados experimentados, equipados con escudos y buenas cotas de cuero, incluso alguno más avisado y enriquecido por la guerra, se había hecho con un yelmo traído por algún astuto comerciante desde el gran imperio de Mayakara.

El choque con la nueva formación de infantería fue muy distinto al anterior. Los compañeros de Kukura caían a decenas replegándose cada vez más en el centro y dejando los flancos débiles. Kukura se sintió abrumado por primera vez desde que comenzó la contienda. Tenía grandes dificultades para defenderse del enemigo y al observar que perdían fuerza en los laterales se preocupó y se salió de su posición en busca del general, que siempre se situaba unos pasos por detrás de la primera línea para controlar el fragor de la batalla.

-¡Soldado! ¡Vuelve ahora mismo a tu posición o yo mismo de mataré con mi espada!- Kukura sabía que estaba desobedeciendo una orden directa del propio beta pero debía advertir sobre la caída de los flancos.

-¡Señor estamos perdiendo los flancos, si seguimos así nos rodearán en pocos minutos!- Su superior permaneció unos instantes en silencio. Ese soldado, por mucho que le cabreara que desobedeciera sus órdenes, tenía razón. Entonces dedicó una mirada al capitán de la infantería y éste, comprendiendo la preocupación de su colega por perder a su escuadrón, hizo lo propio con Vitiya, el beta que dirigía todo el grueso del ejército y que se encontraba en la retaguardia junto a la tercera y última línea de ataque. Pero éste contestó negando con la cabeza, y lo propio hizo el capitán como respuesta. La primera línea debía aguantar un poco más.

-Está bien, allá voy.- Entonces el encargado de la primera línea se convirtió en una monstruosa criatura mitad hombre mitad lobo de más de dos metros de alto y con unos colmillos y garras gigantescos.

-¡Aagghhh! ¡Aparta soldado!- Dijo con un gruñido aterrador a la vez que apartaba a Kukura sin apenas esfuerzo con su brazo derecho. Entonces se dirigió a la vanguardia del ejército y ya en el frente de la batalla, cargó contra el enemigo con brutalidad haciéndolos retroceder a base de zarpazos y exhibiendo sus bestiales y gigantescas fauces hasta que el

enemigo tuvo que replegarse hacia el centro liberando la presión de los flancos. Esa fue una gran demostración de poder, no todos los cánidos podían convertirse en esa criatura monstruosa. Algunos se convertían en pequeños lobos y otros simplemente no tenían permitido convertirse por ser incapaces de controlar su poder. El general pareció cansarse muy rápido en esa forma y tuvo que retirarse detrás para recuperarse.

-He ganado un poco de tiempo para vosotros, seguid resistiendo.- Ordenó a Kukura mientras volvían a sus posiciones iniciales.

Tras la hazaña de su superior, Kukura volvió a su sitio inicial y, al igual que el resto de sus compañeros, siguió peleando con más saña aún que antes, sin embargo, pasado el tiempo la primera línea de infantería iba perdiendo fuelle, y completamente exhausta, no pudieron evitar volverse a ver rodeados por sus enemigos a pesar de la gran intervención de su superior. No obstante, Vitiya estaba conforme con su aportación y ordenó el relevó.

-¡Atrás! ¡Atrás malditos! ¡Sin prisas y sin dar la espalda al enemigo!- El general iba aullando instrucciones a sus soldados para evitar una retirada desordenada y conservar así los, menos de la mitad, que aún le quedaban en pie.

La segunda línea de infantería arrasó con la ya herida y exhausta infantería enemiga y su líder, Svargin, que a pesar de su clara derrota no era un necio, comprendió que era inútil mandar a la tercera y última línea de su ejército, ya que a Harita también le quedaba aún un escuadrón entero, y optó por ordenar la retirada y hacerse fuerte tras la empalizada de la ciudad de Tekan, capital de Nikate. Durante la retirada Svargin perdió algunas decenas más de soldados bajo las letales espadas de la segunda línea de infantería pero logró mantener intacto su tercer y mejor escuadrón para la defensa del asedio en Tekan.

Una vez terminada la sangrienta batalla, los supervivientes de las levas de la primera fila fueron mandados a esperar su turno para ser atendidos por el médico del ejército. Kukura aparte de unos pocos rasguños no tenía ninguna molestia, pero el propio Beta había insistido en que todos acudieran al médico. Les quedaba por delante un largo asedio en la ciudad de Tekan y debían estar en plena forma.

Capítulo 8

7.- Un miembro del escuadrón Gurú

-Tranquilo, con nosotros estás a salvo- Una voz que Sad no supo identificar resonaba con dulzura dentro de su cabeza. Entonces, poco a poco fue abriendo sus ojos dejando entrar los primeros destellos de luz después de horas a oscuras encerrado en sí mismo. Al abrirlos, lo primero que vio fueron unos ojos azules, casi grises, acompañados por unos labios carnosos y un rostro fino de piel pálida.

-¿Estoy con Prahtama? ¿Eres tú su ángel protector?- Preguntó aún confuso por los golpes recibidos.

La silueta de ese hermoso rostro sonrió y movió sus labios para contestarle:

-Soy la princesa Avika, portadora de la piedra de la vida y la muerte- Dijo con dulzura, algo poco habitual en ella. De repente el joven mercader se incorporó con rapidez, y al hacerlo, notó un fuerte dolor en sus costillas que le recordó el bochornoso encuentro que tuvo con esos rufianes del barrio del templo.

-¡Sí! Ya me acuerdo. Yo tenía que reunirme con el simpático anciano y luego el tabernero...y...esos muchachos...- El rostro de Sad cambió de feliz a triste y bajó su mirada al suelo. La ya veterana Gurú, entendió que el joven estaba algo decaído por lo sucedido e intentó animarle. Cogió la ropa limpia y cosida de una mesilla de la habitación y se la acercó al joven.

-Esta ropa es tuya ¿verdad? Hemos hecho lo que hemos podido para arreglarla.- La ropa había quedado notablemente mejor de cómo estaba al comprársela a aquel mercader, pero Sad la cogió sin mostrar ni un ápice de ilusión por recuperarla. -Creí que te alegrarías de recuperarla.- Dijo Avika decepcionada al ver la reacción del joven.

-¿Sabes? Pensé que esta vez sería distinto, que al ver que visto como ellos me tratarían de igual a igual. Pero me equivoqué. Siempre me equivoco, porque soy un ingenuo y ahora... Ahora esta ropa que tanto me costó pagar, no es más que un recordatorio constante de mi estupidez.- Tras terminar su dramática conclusión tiró la ropa al suelo. La princesa, demostrando paciencia y mano izquierda con el abatido joven, recogió la ropa del suelo y volvió a ofrecérsela.

-Creo que no entiendes lo que ha ocurrido hoy. Hoy has sido elegido como un miembro del escuadrón Gurú, el escuadrón militar más importante del ejército de Mayakara. Había centenares de los jóvenes más poderosos de toda la nación reunidos hoy aquí, en el barrio del templo de Prahtama y Chandra te eligió a ti, no a otro. Yo diría que ésta, es tu ropa de la suerte.- Entonces el humilde mercader levantó su rostro hacia la princesa con la boca y los ojos abiertos de par en par. Aquel rostro hasta pareció iluminarse. En eso cogió su ropa y se la quedó mirando fijamente.

-¡Claro! ¡Es verdad! A partir de ahora mismo la llevare siempre puesta, muchas gracias Avika.- Sad salió disparado de la cama y fue a cambiarse el camión con el que le habían vestido para atender sus heridas, por su ropa de la suerte. Para cambiarse entró en otro pequeño cuarto adyacente al que ocupaban. La princesa sonrió, ése joven le pareció un ingenuo por la facilidad en la que lo había convencido, sin embargo, su optimismo le dio esperanzas en él. Así como salió de la habitación, Avika se acercó a la espada que había adquirido el joven en los mercados de la ceremonia del día anterior. Tras observarla un rato de pie junto a ella Intentó sostenerla, pero ésta le dio un calambrazo que recorrió todo su cuerpo y la espada volvió a caerse al suelo.

-Justo como pensaba- Murmulló entre dientes. -¿Cómo diablos ha llegado esta espada a tus manos? Preguntó para sí misma. Entonces el joven salió del otro cuarto, con sus nobles ropajes puestos y con una sonrisa engrandecida gracias a los ánimos dados por la princesa.

-¡Muy bien! ¡Ya estoy listo para lo que sea princesa!-

Avika miró al joven y le señaló su espada.

-No te olvides de tu arma.- Le dijo con un semblante serio. Sad se acercó a la princesa y delante de sus incrédulos ojos empuñó la espada y la enfundó en su espalda sin recibir daño alguno. ¿Por qué él? Se preguntó la princesa mientras observaba la escena.

-Bien, vamos con el resto.- Se dio la vuelta y enfiló el camino rumbo a la puerta de aquel habitáculo. Mientras, el joven Sadharana intentaba comprender el cambio de humor repentino de la princesa.

El resto del escuadrón Gurú se encontraba reunido en la sala principal del templo de Prahtama, a un par de salas de distancia de Sad y Avika esperando a que se recuperara el alegre joven. Kali se había arrodillado delante de un altar con una pequeña estatuilla de Prahtama desde hacía ya un buen rato, parecía cómo que meditase. Mientras, el resto de Gurús, todos excepto Chandra, se encontraban sentados en uno de los muchos bancos de mármol que se repartían por toda la sala.

-¿Qué os parece la elección de Chandra?- Preguntó la joven Candra a sus compañeros. Al oírla, tanto Durg como Indra se giraron hacia ella con cierta incomodidad. No les gustaba que se pusiera en duda la decisión de un miembro del escuadrón. Átapa se dio cuenta del detalle, por lo que se reservó su opinión para él mismo. Utká, no menos astuto pero si más impertinente, se atrevió a dar su opinión.

-Ese joven no debería estar aquí- Átapa se giró sorprendido, no le pareció una jugada hábil la de contradecir la opinión de alguien tan importante como Chandra públicamente y ante el resto del escuadrón. -Tres jóvenes desarmados le han dado una paliza que podría haber sido mortal llevando él una espada ¿Cómo va a defender alguien así a nadie?- Argumentó el pálido sucesor.

-Para los Gurús no todo lo importante es el poder- Replicó Durg, con su habitual serenidad pero aparentemente molesta por el comentario de Utká. -Los Gurús debemos enfrentarnos constantemente a diversos desafíos y se requiere de muchas habilidades distintas. Chandra es el más sabio de cuantos hombres he conocido, si él lo ha elegido, habrá podido ver en el joven mercader algo que a nosotros se nos escapa.- Concluyó. Utká no siguió defendiendo su postura, sin embargo no dio ninguna muestra de aceptar el argumento de Durg, algo que molestó un poco a la paciente Gurú. Ése joven es prepotente cómo Kali pero con más poder mágico. Habrá que vigilarlo de cerca, se repitió en la soledad de sus pensamientos. Las enormes puertas de la gran sala, situadas al norte de la misma, se abrieron causando un chirrido que se oyó por toda la sala y dando paso al ya recuperado Sadharana y a la princesa. Ambos miembros Gurús se adentraron en la sala hasta aproximarse al banco donde esperaban sus compañeros. Durg e Indra se apresuraron en saludar al joven y preguntarle por su estado físico, mientras que el resto del escuadrón permaneció en sus respectivos sitios.

-¿Dónde está Chandra?- Preguntó, ansioso por agradecerle su atención el joven sucesor. Entonces apareció Kali por la espalda del despreocupado joven, surgiendo de entre las sombras del templo cómo si fuera una más de ellas.

-Está reunido con el consejo, condenando a todo el escuadrón a ser acusados de traición.- Le contestó con desprecio. Avika cogió a Sad por el brazo y lo apartó violentamente hacía atrás mientras ella se encaraba con el mismísimo Kali.

-Mide tus palabras Kali, no es el momento ni el lugar para hablar de este tema.- Kali se separó dos pasos de la princesa. Pareció que iba a dar una respuesta a aquel reproche de Avika, pero al final optó por morderse la lengua y no echar más leña al fuego. En eso, unas puertas más pequeñas y escondidas, situadas al sur de la gran sala del templo, se abrieron. De ella surgieron Chandra y algunos consejeros hablando de banalidades,

ninguno parecía discutir ya sobre el tema que les había reunido. A lo lejos, Avika le hizo un gesto con la cabeza, imperceptible para todos excepto para Chandra, el cual respondió negando con la cabeza. La princesa bajó su mirada al suelo. A fin de cuentas, podría ser que el estúpido de Kali tuviera razón y que todo eso les salpicara. Entonces sacudió sus ideas, de nada valía ya pensar en ello. Ya era tarde para hacer nada, la semilla ya estaba sembrada en aquel inhóspito e inmisericorde terreno que era la vida política de Jastiná pura.

Capítulo 9

8.- El consejo de sabios

Pasyati se acariciaba su barba con la mano derecha mientras meditaba, con un rostro serio, en el extremo de una gran mesa de madera. En la misma mesa lo acompañaban Eka, Devi, Trayam, Catur y Prañcan, los sabios consejeros del gobernador. La sala estaba decorada con hojas de Oshadi, la planta de la cual se extraía el veneno con el que elaboraban las Peyani. Era común en Mayakara adornar los edificios de culto con estas hojas, ya que la Oshadi se consideraba una planta sagrada y la Peyani, un descanso para las almas atormentadas por las penurias de la vida.

Chandra acababa de proponer su descabellada idea de que los Gurús pudieran presentarse para el puesto de gobernador de Mayakara y la sala entera llevaba unos segundos enmudecida. Hasta que de pronto, pasado medio minuto, todos se levantaron provocando un estallido de opiniones y reproches que resonaban por toda la sala.

-¡Por Prahtama, Chandra! ¡Debes estar bromeando!- Le reprochó a voces Eka, siempre fiel a Pasyati.

-¡Vigila tu palabras Eka! ¡Estás hablando con un maestro Gurú, miserable!- Le contestó, no más calmado, Devi.

-¿¡Es que acaso pretendes que se te elija a ti como gobernador!?- Aportó Trayam, acusándolo de usurpador. Mientras, Eka asentía conforme por sentirse apoyado.

-Caballeros por favor mantened las formas- Suplicó un abrumado Pañcan intentando aportar inútilmente algo de calma en aquel terremoto en el que se había convertido la reunión.- Todos sabemos que Pasyati, al ser elegido por los consejeros y el pueblo, tiene derecho a gobernar hasta su muerte, dudo que Chandra tenga intención, a su edad, de sobrevivir al gobernador.- Las palabras de Prañcan no convencieron a Eka, que seguía totalmente irritado, aunque el argumento llevara algo de razón.

-¡Eso si no le da muerte en cuando se apruebe su maldita propuesta!- La incriminatoria respuesta de Eka no hizo si no provocar más revuelo en aquel gabinete que reunía a la élite de Mayakara.

Pasyati observaba todo aquello con aparente tranquilidad, aunque por dentro se encontraba aterrado. No podía evitar acordarse en ese momento de aquella vez en la que Chandra intentó abolir la ley que prohíbe a los ciudadanos moverse entre barrios. Al hacerse pública la

negativa absoluta del gobernador, se iniciaron unos terrible disturbios en el barrio agrícola e industrial, incluso en algunos sectores del barrio comercial. Desde ése instante Pasyati se volvió algo impopular entre la plebe, pues tuvo que apaciguarlos con violencia, mientras que Chandra se convirtió en un ídolo para el populacho. Si acusaba públicamente a Chandra de traidor, el pueblo enloquecería y puede que también algunos gurús, no obstante, estaba claro que Chandra tenía algo en mente y mantenía el apoyo de algunos de los consejeros. Pero, si le otorgaba esa ley a los gurús, a lo mejor estos se levantarían en armas contra su dinastía. ¿Qué podía hacer?

Los segundos parecían eternos para Pasyati, sentado en aquella silla, observando el que podría llegar a ser el detonante de una guerra civil si no jugaba bien sus cartas. Finalmente, Pasyati se decantó por dejar que lo solucionaran sus consejeros sin necesidad de su intervención.

Los gritos, insultos y reproches de los consejeros no cesaban y justo en el extremo opuesto de la mesa se encontraba Chandra, también pensativo. Éste observaba a Pasyati, sabía que estaba sufriendo por dentro, lo conocía suficiente, tras su apariencia de serenidad se escondía un cobarde. Por conocer su cobardía interior, era por lo que sabía con seguridad que no le acusaría cómo un traidor. Eso podría provocar una guerra civil y Pasyati no se sentía cómodo con esa idea ¿Cuál será tú jugada astuto gobernador? Pensaba en sus adentros el vetusto Gurú.

Pasaban los minutos e incluso llegaron a pasar las horas y los consejeros seguían lejos de llegar a un acuerdo formal, Eka y Trayam estaban en contra de la propuesta, mientras que Devi y Prañcan se mostraban cooperativos con el Gurú. Catur, el hombre que podía romper el equilibrio se mantuvo ausente. Eso no sorprendió a nadie, pues el joven consejero tenía fama de corrupto y parecía estar buscando que alguno de los bandos le sobornara. Fue entonces cuando el gobernador de todo el extenso y poderoso reino de Mayakara se levantó de su silla. Todos los presentes en aquella reunión guardaron silencio, sin más, no necesitó pronunciar ninguna palabra ni aspaviento. La gente le respetaba por su posición jerárquica, sobre todo los hombres de costumbres políticas cómo los consejeros.

Al tener a todos atentos y concentrados para escuchar su intervención sobre el asunto, empezó a hablar:

-De seguro que las intenciones de Chandra son buenas y que además, no hacen sino mirar por el bien común de los mayakarenses, cómo siempre.- Dijo con una falsa pero efectiva sonrisa en su rostro dirigiéndose al Gurú del clima. Chandra sabía que Pasyati lo estaba adulando a propósito para ganarse una buena imagen ante todos los miembros del consejo, pero le sonrió y bajó levemente su cabeza cómo agradecimiento. -No obstante, no veo que lleguemos a ninguna decisión clara por el momento. Así pues, yo, Gobernador por pleno derecho de Mayakara, pospongo la votación

hasta el regreso de Chandra del monte de las cinco piedras, dentro de unas semanas. Así los consejeros que no se hayan decidido tendrán tiempo para pensar en el asunto.- Tras decir eso dirigió su mirada a Catur. Los consejeros parecían conformes con la decisión de Pasyati, todos excepto Devi, el cual le echó una mirada a Chandra. A Chandra no le hizo falta palabra alguna, sabía lo que Devi estaba pensando. Aquella decisión fácilmente podría suponer la victoria de Pasyati, pues el tiempo le era favorable para poder convencer con sobornos o adulaciones a los consejeros que apoyaban su causa. Devi era insobornable, pero no se decía lo mismo de Catur, el miembro más joven del consejo.

Los consejeros fueron abandonando la sala mientras Pasyati les saludaba en la puerta y daba las gracias por su asistencia, aunque al pasar Chandra por la puerta, solo se oyó un silencio absoluto. El gobernador no le miró ni a la cara, ya le había dado problemas hacía unos años y ahora volvía importunarle con sus malditas propuestas, todo aquello empezaba a recordarle al intento de golpe de estado de Assunah. Fue entonces cuando Chandra empezó a temer por su seguridad. Como mínimo debían convencer a Catur, a lo mejor Devi podría persuadirle, no quería aceptar la idea de haber puesto su vida en peligro para nada.

Fue al cabo de tres días, con el escuadrón Gurú ya de camino al monte de las cinco piedras, cuando Eka se cruzó en el camino de Catur. Éste iba acompañado de su séquito de amigos y aduladores parásitos que se pegaban a él cómo las moscas a la basura para hacerse con algún despojo del que se pudieran aprovechar, paseando por las empedradas y limpias calles del barrio del templo. Eka, con el respeto y la educación pertinentes al dirigirse a un consejero, le pidió una audiencia a solas a la que Catur no se negó.

-Catur, Catur viejo amigo.- Le dijo Eka dándole un abrazo una vez a solas.-Cómo me gusta encontrarme con consejeros fieles al gobernador cómo tú.- Catur enseguida entendió por dónde iría dirigida la conversación y mientras cogía asiento en uno de los muchos bancos posicionados a lo largo de la gran avenida Minor, se atrevió a adelantarse a Eka.

-Soy fiel al gobernador, Eka, sin embargo, estoy meditando posicionarme del lado de Chandra en éste asunto.- Le expuso sin alterarse a un Eka que ya se imaginaba que no lograría persuadirlo con simples palabras. El veterano consejero se sentó junto a su joven colega y le soltó unas palabras susurrantes.

-El gobernador Pasyati está dispuesto a premiar con grandes cantidades de oro a todos los consejeros que sean leales a su, siempre agradecida, dinastía.- Sorprendentemente para Eka, Catur negó con la cabeza y se levantó.

-Lo siento viejo amigo, la decisión ya está tomada.- Tras verbalizar su postura final, el joven consejero volvió con su séquito de simpatizantes, bajo la perpleja mirada del siempre fiel consejero del gobernador. ¿A caso aquel hombre tenía principios por encima del dinero? Se preguntó Eka, pues todos los rumores apuntaban a que era un consejero corrupto. Lo que Eka desconocía por completo, era que Catur estaba lejos de haber rechazado su oferta por principios. No, su oferta fue rechazado por qué había llegado tarde, Devi se le adelantó.

La mañana antes del encuentro con Eka, Catur había recibido a Devi en su casa, el cual había acudido para prestarle la mano de su hermana pequeña, de apenas diecinueve años en matrimonio. Esa oferta se le antojó irrechazable, pues Devi, cabeza de la dinastía del árbol, no tenía descendencia alguna y dado a sus gustos sexuales, todo apuntaba a que no la tendría nunca.

Catur sabía de la orientación sexual de su compañero y lo mantenía en secreto. No es que la homosexualidad fuera delito en Mayakara, pero sí se consideraba una debilidad cuando se trataba de política y, cómo era el caso de Devi, necesitabas un heredero. Justo por eso, por la falta de heredero, fue por lo que Catur no pudo resistirse a esa oferta, una oferta que uniría dos de las más poderosas familias de Jastinápura (La dinastía del árbol y la dinastía de la fuente) siendo su vástago, engendrado junto a la joven y apuesta hermana de Devi, el gran heredero de todos los títulos y propiedades de sendas dinastías.

Sí, solo al imaginarse en aquella mansión que poseía la dinastía del árbol. Aquella enorme villa construida encima del monte de Páris, desde dónde se podía ver todo el barrio del templo y hasta parte del barrio de los mercados. Solo el imaginarse tomando una peyani en el jardín de aquella maravillosa propiedad, disfrutando del paisaje de las calles que lo vieron crecer mostrándose delante de él como si de un retrato se tratara y, junto a él, su siempre fiel y hermosa esposa. Solo eso bastó para convencerle, a parte claro, del mero hecho de poder casarse con Kupa, la hermosa hermana de Devi. A decir verdad, Catur y Kupa llevaban varios meses mandándose cartas apasionadas en secreto. Su amor jamás habría sido bien recibido, pues las dos familias eran rivales directos en la carrera por el máximo poder del mundo en la élite de Jastinápura. Pero allí estaba Devi ofreciéndole lo que más había anhelado en el mundo, una vida llena de lujos y poder junto a la única mujer a la que había amado, sin duda su decisión parecía inalterable.

La unión de Catur a la supuesta conjura contra el gobernador, no tardó en llegar a los oídos de Pasyati, por boca, cómo no podía ser de otro modo, del mismísimo Eka. El veterano consejero no se lo pensó dos veces en lanzar a su viejo conocido a las fauces del gobernador, por lo que, aunque aún no lo sabía, la vida de Catur acababa de ponerse en riesgo

máximo. No por Pasyati, no. Sino por alguien todavía más poderoso que él en la entramada jerarquía de Mayakara.